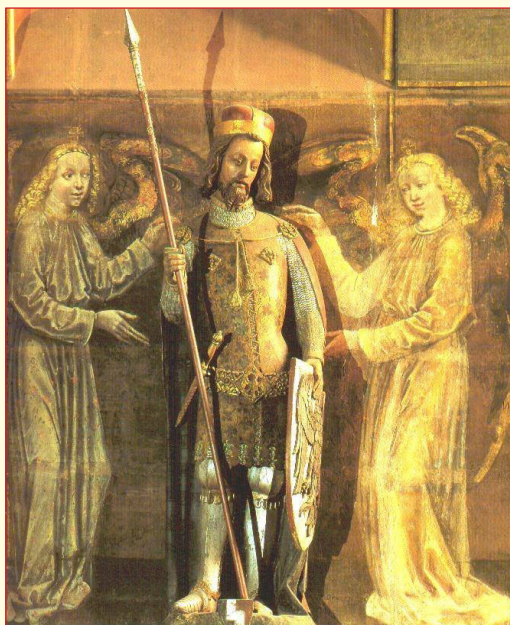


Noticias sobre su vida

Wenceslao (Václav en checo) es el patrono de Bohemia y su santo más popular. Nacido en torno al 907-908 en Stochov (junto a Libusin), era hijo del duque de Bohemia, Vratislav, y de Drahomira. Probablemente también merced a los buenos oficios de la madre de Vratislav, Ludmila, recibió una buena educación religiosa, aprendiendo tanto latín como eslavo (paleoeslavo). En Bohemia, en efecto, avanzaba inexorablemente el proceso de latinización bajo el influjo de la vecina Baviera (en el campo eclesiástico Bohemia dependía del obispo de Ratisbona), pero se conservaba el uso del paleoeslavo, que Cirilo y Metodio durante su misión habían introducido en la liturgia y elevado al rango de lengua literaria. Tras la muerte del padre (+920/921) Wenceslao, todavía adolescente, reinó hasta la mayoría de edad bajo la regencia de su madre Drahomira, que se enfrentó con la suegra (probablemente por la influencia ejercida sobre el joven) y obligó a Ludmila a retirarse a Tetin, donde fue asesinada más tarde por orden de la reina.

Cuando Wenceslao, alcanzada la mayoría de edad, logró alejarse de la tutela de su madre, la alejó de la corte (aunque después parece que volvió a reclamarla) e hizo trasladar solemnemente las reliquias de Ludmila a la iglesia de San Jorge en Praga. En sus años de reinado Wenceslao trató de consolidar y ampliar los confines de Bohemia y



de resistir a la presión del mundo germánico, rechazando la injerencia bávara e instaurando buenas relaciones con la dinastía sajona, en particular con el rey de Alemania, Enrique I. Lo testimonia la dedicación a san Vito, patrono de los sajones, de la iglesia que Wenceslao erigió en Praga, y que posteriormente se convirtió en catedral de la ciudad. Además de por la administración imparcial de la justicia y la atención a los pobres, el joven duque se distinguió por su celo religioso y el apoyo incondicional dado al clero (en gran parte de origen germánico) en la obra de evangelización de las poblaciones.

Mientras tanto la oposición a Wenceslao se reunía en torno a su hermano menor, Boleslao, que planeó apoderarse del trono, matándolo. Con ocasión de la fiesta de los santos Cosme y Damián, por invitación del hermano, Wenceslao acudió al castillo de Stará Boleslav, cuya iglesia estaba dedicada a los santos hermanos taumaturgos. Al día siguiente, mientras se dirigía a la iglesia para la celebración de maitines, el duque fue asaltado por unos sicarios y asesinado. Sus restos mortales fueron recogidos secretamente por su madre y sepultados en el lugar. Después de su muerte (acaecida en torno al 929),

ya durante el reinado de Boleslao, sus reliquias fueron trasladadas a la iglesia de San Vito en Praga. Su culto empezó a difundirse rápidamente en toda Bohemia y en los países limítrofes, tanto en el área eslava como en los ambientes de rito latino y bizantino. A lo largo de los siglos se le dedicaron numerosas iglesias, y su iconografía se difundió ampliamente. Su memoria se celebra el 28 de septiembre. *M. Garzaniti*

Su testimonio nos interpela

San Wenceslao es modelo de santidad para todos, especialmente para cuantos guían el destino de las comunidades y de los pueblos. Pero nos preguntamos: ¿la santidad sigue siendo actual en nuestros días? ¿O no es más bien un tema poco atractivo e importante? ¿No se buscan hoy más el éxito y la gloria de los hombres? Pero, ¿cuánto dura y cuánto vale el éxito terreno?

El siglo pasado contempló la caída de no pocos poderosos, que parecían haber llegado a alturas casi inalcanzables. De repente se encontraron privados de su poder. Quien ha negado y sigue negando a Dios y, en consecuencia, no respeta al hombre, parece tener vida fácil y conseguir un éxito material. Pero basta raspar en la superficie para constatar que, en estas personas, hay tristeza e insatisfacción. Sólo quien conserva en el corazón el santo «temor de Dios» tiene confianza también en el hombre y gasta su existencia para construir un mundo más justo y fraterno. Hoy se necesitan personas que sean «creyentes» y «creíbles», dispuestas a defender en todo ámbito de la sociedad los principios e ideales cristianos en los que se inspira su acción. Esta es la santidad, vocación universal de todos los bautizados, que impulsa a cumplir el propio deber con fidelidad y valentía, mirando no al propio interés egoísta, sino al bien común, y buscando en cada momento la voluntad divina. Esta es la lección de vida de san Wenceslao, que tuvo el valor de anteponer el reino de los cielos a la fascinación del poder terreno.

Jesús no duda en proponer a sus discípulos la senda «estrecha» de la santidad: «Quien pierda su propia vida por mi causa, la encontrará» (Mt 16, 25). Y con decisión nos repite: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga» (Ib. v. 24). Ciertamente es un lenguaje duro, difícil de aceptar y poner en práctica, pero el testimonio de los santos y de las santas asegura que es posible para todos si hay confianza y entrega a Cristo. Su ejemplo alienta a quien se dice cristiano a ser creíble, o sea, coherente con los principios y la fe que profesa. No basta, en efecto, con parecer buenos y honrados; hay que serlo realmente. Y bueno y honrado es aquel que no cubre con su yo la luz de Dios, no se pone delante él mismo, sino que deja que se transparente Dios.

(Benedicto XVI, homilía del 28-9-2009)